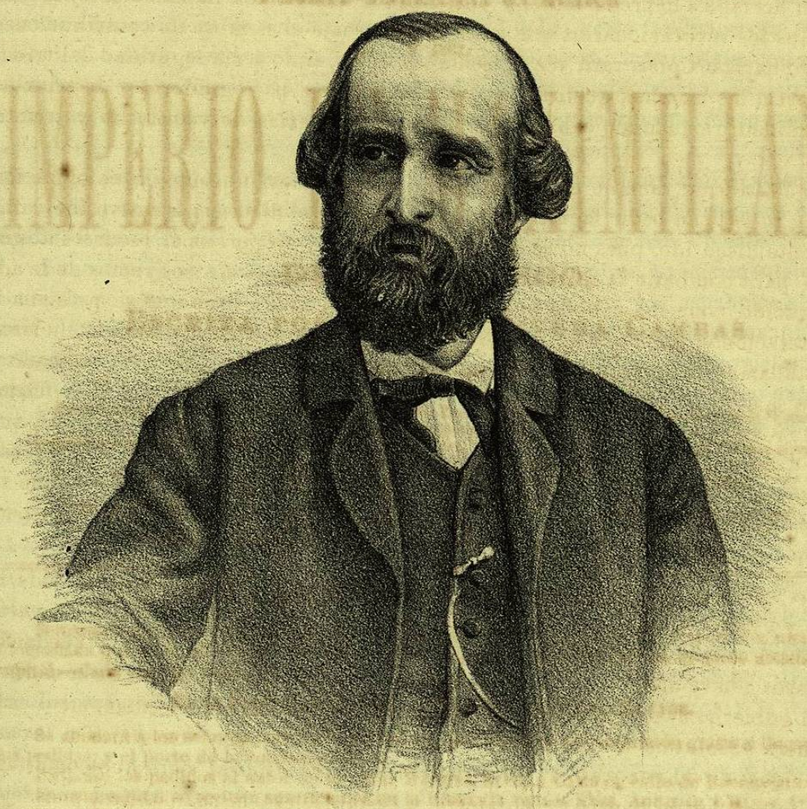
la sociedad se mantenía en continuas alarmas. La prensa conservadora que clamaba por el principio de autoridad y aparecía defendiendo el orden, no tuvo ni un reproche para los crímenes cometidos por las fuerzas de Cobos y Vicario que ejecutaban horribles depredaciones, y sostuvo que tales actos habían sido ejercidos por todos los revolucionarios que tuvo México, bajo el nombre de contribuciones extraordinarias. Cobos rara vez presentaba acción, si no tenía seguridad del triunfo, recorría los terrenos quebrados para cansar á sus perseguidores y destruirlos con facilidad; remudando caballos hacía marchas diarias de veintiocho y treinta leguas.

El Presidente, aun en medio de tantas dificultades, fomentó la colonización italiana, insistió en pedir facultades extraordinarias; el dictamen relativo fué calurosamente discutido, pues no se limitó la comisión á proporcionar recursos al gobierno para combatir la revolución, sino que las extendía á otros ramos de la administración, concedía más de lo necesario y de un modo vago que se prestaba á interpretaciones, poniendo en igualdad de circunstancias los Estados fronterizos que estaban en paz, con los desordenados del centro. El debate fué muy animado y cuando se agitaba este asunto, llegó á la capital de la República, el 2 de Noviembre, el Sr. Benito Juárez, para encargarse del ministerio de Gobernación, suceso que animó á los que querían que fueran modificadas las facultades que en el congreso se iban á conceder al Presidente de la República. Pero lejos de haber retirado su petición la amplió el gobierno, aunque fué desechada la nueva iniciativa, suspendiéndose solamente determinadas libertades y garantías.

La sesión en que se discutieron las facultades extraordinarias duró toda la noche y estuvo llena de notables incidentes, y si al fin se le hicieron al proyecto modificaciones, se debió, según se creía, á la influencia del Sr. Juárez, quedando suspensos nueve artículos constitucionales. El Sr. Juárez manifestó en la cámara que el gobierno usaría solamente de las facultades que se le concedían, en el caso que fuera absolutamente indispensable obrar con actividad y energía. Con las autorizaciones dió el congreso al gobierno fuerza física y moral, para que contestara á las exigencias de España é Inglaterra y restableciera la paz pública, pues lejos de estar afirmada se renovaban constantemente los pronunciamientos, y algunas gavillas tenían por jefes á ladrones de camino real, como la de Triujeque, en el Estado de Puebla, y la que merodeaba por Guadalajara al mando de un individuo llamado Garavito.

Por toda la República renovaba su cabeza la hidra sanguinaria de la revolución; Mejía tomó á San Juan del Río y después á Querétaro, ayudado por el cabecilla Soto; las fuerzas de Lozada escandalizaban por los actos de espantosa barbarie que cometieron cerca de Tepic; y por todas partes aparecían partidas de pronunciados mandadas muchas por españoles.

El partido conservador no cedía á los grandes golpes recibidos, ya en Puebla, donde sus defensores quemaron hasta el último cartucho, ya en Tunas Blancas, donde acabaron los tres mil soldados que en San Luis levantaron el estandarte de la



D. Manuel M. de Zamacona.

Jefe del Ministerio que inició y sostuvo la ley de 17 de Julio de 1861, sobre suspension de pago á las convenciones extranjeras, cuya ley subsistió tan solo cuatro meses; fué combatida por los ministros francés é inglés y motivo aparente de la Intervencion francesa en México.

revolución disponiendo de gran cantidad de pertrechos y doscientos mil pesos, fracaso que se atribuyó á la impericia del jefe Osollo. Estrellándose los esfuerzos del bando reaccionario en la falta de recursos para comprar á los jefes que se les podían vender, idearon una especie de papel moneda, autorizado por los hombres más caracterizados en la revolución, cuyo papel debía valer tan luego que se consumara el cambio político. Conformáronse los jefes en su mayor parte, con esa especie de bonos; pero para dar prest á los soldados precisaba tener en efectivo cerca de quince mil pesos, los que no se pudieron conseguir durante cinco meses, en cuyo tiempo se conservó organizada en secreto una conspiración. Era increíble esa carencia, cuando se ofrecía á los usureros en hipoteca una propiedad de doscientos mil pesos, y cuando los hacendados españoles de la cañada de Cuernavaca habían ofrecido cincuenta mil pesos en los días de los asesinatos de San Vicente.

Asombrados se quedaron los conservadores al saber que, precisamente á consecuencia de esos asesinatos, se vieron obligados á entregar los españoles aquella suma á Comonfort para que no le faltasen á D. Juan Alvarez sus mesadas, pues careciendo la revolución de un hombre de encumbrado carácter, los propietarios no encontraban garantías sino en el gobierno de Comonfort, quien les hizo entender que disfrutarían de seguridad si satisfacían los deseos de Alvarez que se retiraba pacífico á sus guaridas.

Paralizado el movimiento social, el gobierno sintió el peso de una extensa conspiración sin poder coger los hilos, y entonces dió Comonfort el paso de dispersar al ejército reemplazándolo con las guardias nacionales. Frustradas las esperanzas, y trascurridos los plazos dados, sin cumplirse lo ofrecido, los interesados en la revolución perdieron la fe, se despertaron las ambiciones, las miserias y aun las traiciones de algunos en quienes más confianza tenían; muchos querían ser cabeza, dirigir, aunque no tuviesen prestigio suficiente para impulsar el movimiento; diversos círculos se formaron alimentados por la suspicacia, por las rencillas y la desconfianza.

Uno de esos círculos lo presidió D. Ignacio Aguilar y Marocho, que tenía pretensiones de ser Presidente de la República, apoyándolo sus amigos. Los que trataban de armonizar las disidencias formaron otro círculo en el que aparecía el nombre del general Santa-Anna, y procuraban demostrar que Aguilar estaba desconceptuado y reducido á la impotencia. El círculo que trabajaba por D. Rómulo Díaz de la Vega, cuyo centro era el Lic. Cordero, no avanzaba por estar muy mal dirigido. La prisión y destierro de Aguilar acabaron por sumirlo en la insignificancia, siendo pocos los esfuerzos que hacía desde el extranjero. Unióse al círculo santanista y procuraron atraer á este centro los demás, entre ellos el del Sr. Fernández de Jáuregui, habiendo llegado á ser Santa-Anna el representante de las ideas conservadoras y enemigo irreconciliable de los progresistas. Pero dentro de la República no encontraban quien dirigiese la revolución.

Otros partidarios de la reacción estaban en el terreno de los hechos. Mejía había levantado su gente en la sierra de Querétaro, Vicario en el Sur y Cobos en el